



# OCTAVO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

**“LA REUNIÓN”**

**UNIVERSIDAD POPULAR  
JUNIO 2021**



# ÍNDICE

HABÍA EN SU FRENTE TANTOS INVIERNOS...	Margarita Gozalo	4
ABRE PARÉNTESIS	Carmen Ibarlucea Paredes	5
UN FIN DE SEMANA CUALQUIERA	Asun Aroca	6
FINCA DEL ÁRBOL QUEMADO	Joaquina Campón	7
EL FIN DE SEMANA	Pilar Alcántara González	8
EL SECRETO	Mercedes Pérez Domínguez	9
¡SALUD!	María J. Llanos	10
ODIO	José Antonio García Feria	11
EL CHULETÓN	Vicente Rodríguez Lázaro	12
AMOR DESVIADO	Belén Gómez	13
SIN TÍTULO	Manuel Vaquera Vizquete	14
NE ME QUITTE PAS	Ángel Rodríguez García	15
SIN GAS	Soledad García Garrido	16
AMIGOS PARA SIEMPRE	Víctor M. Jiménez Andrada	17
PLANES FRUSTRADOS	Blanca Fajardo Utrilla	18
FUEGO	Concha Ibáñez Montero	19



## HABÍA EN SU FRENTE TANTOS INVIERNOS...

Habían pasado casi 30 años desde que acabaron la carrera. Intentaban quedar todos los veranos. Habían alquilado un hotel rural en Gredos. Todo estaba resultando muy sencillo para Antonio, el eterno organizador de los encuentros. Pero a última hora algo se había complicado: le tocaba llamar a Inés.

—Inés, tengo que decirte algo. En mayo, cuando hiciste la reserva quedamos, como todos los años, en que, si Juan se apuntaba al encuentro te lo diría... y se acaba de apuntar, ha conseguido alojamiento en el último momento.

—Me encanta que me lo digas hoy— respondió Inés —cuando ya me cobran por anular la reserva. No importa, así voy adelantando trabajo.

—Verás Inés— respondió Antonio —este año es distinto, la mujer de Juan murió el mes pasado. No seré yo quien le ponga pegasa para venir. Tú decides— dijo suspirando — pero igual no es el momento de recordar rencillas del pasado.

Juan siempre había tenido la habilidad de caer bien. Era seductor con ellas y cómplice con ellos. Se llevaba bien con casi todo el mundo. En ese “casi” estaba Inés. En el pasado salieron juntos y ella no guardaba un buen recuerdo de aquella época. Debió ser una relación breve y tormentosa, porque apenas nadie les había visto juntos. Durante todos estos años, Juan se mostraba cercano y cariñoso con Inés, indagando una familiaridad que ella trataba de evitar por todos los medios. Para eludirle, había buscado la complicidad de Antonio. Así, sin dar muchas explicaciones, podía estar segura de que, con mucha discreción, sus compañeros conocían su pequeño secreto.

El primer día llovieron besos y abrazos. Después de la cena repitieron el eterno ritual de la proyección de fotos, con barra libre de copas y anécdotas. Todo estaba saliendo bien y Antonio iba por su tercer cubata, cuando empezaron a aparecer aquellas fotografías en blanco y negro. Tenían cierta intención artística, pero, sin tratarse de fotos comprometidas, mostraban situaciones domésticas de una joven Inés, en su casa, en pijama, con su gato... Antonio miró la cara de la implicada y observó su rabia contenida. Interrumpió la proyección, proponiendo un juego para relajar el ambiente, pero la tensión se mantuvo y uno a uno todos fueron abandonando el salón del hotel. Todos, excepto Inés y Juan.

A la hora del desayuno se mantenía la expectación. Los comentarios iban sobre los protagonistas de la noche, la hora a la que cada uno había ido a dormir, los ruidos que habían escuchado... Inés y Juan no aparecían por ninguna parte. Alguien se había levantado al alba y los había visto, todavía, hablando en el porche.

Cuando Inés entró en el comedor se hizo un enorme silencio. Por fin había hablado con Juan, sobre aquello que quedó inconcluso 30 años antes. Se la veía tranquila.

Antonio, no pudo reprimir la curiosidad y le preguntó, cuando tuvo ocasión.

—Entonces, Inés, ¿Ya has arreglado tus diferencias con Juan?

Sin ganas de dar explicaciones Inés se limitó a tatarrear un viejo tango:

*“Había en su frente tantos inviernos, que también ella tuvo piedad”*

**Margarita Gozalo**

## ABRE PARÉNTESIS

—Pero, ¿quién ha preparado la lista de invitados?

Ese fue el pensamiento que compartieron mentalmente, cuando se vieron a cierta distancia, sabedoras de que no iban a hablarse.

Bien mirado era previsible que acudir para acompañar a Valeria en aquella fiesta, suponía un alto riesgo de encontrarse. Pero no lo habían pensado ninguna de las dos. Eran ya quince años los que llevaban sin cruzarse la mirada, sin saludarse en la calle, ni en el cine, ni en el parque, ni en ningún lugar abierto o cerrado. Y vivían cada una como si la otra no existiera.

Una de ellas se había ido incluso de la ciudad, y procuraba no regresar más que para las obligadas Navidades. Eso sí, con las compras ya hechas, para no tener que deambular por las calles. La que se había quedado había cambiado de barrio, de trabajo y de costumbres. No había regresado a las cafeterías donde quedaban para jugar al ajedrez, ni a las tiendas donde compraban juntas, ni al parque donde iban a correr.

Quince años las separaban de su último encuentro, pero el malestar al verse, hizo reaparecer la rabia. Aquella sensación de traición, de injusticia, e ingratitud, volvía a posarse en la boca del estómago. Y aquello que habían evitado durante quince años, con esfuerzo, se vio frustrado por un diagnóstico médico que nada tenía que ver con la salud ni de la una, ni de la otra.

Aquel fin de semana era para celebrar la vida. Valeria, su amiga de la infancia tenía una enfermedad terminal y había organizado junto a su pareja aquel fin de semana a lo loco. De puertas abiertas y buffet libre.

Valeria y Ana llevaban juntas solo cinco años cuando la muerte llamó a su puerta. Casi no les había dado tiempo a ponerse al día de los cuarenta y cinco años anteriores. Y claro, había cosas que no podían saber, o que simplemente no les parecieron importantes.

Cuando Ana tomó sobre sus hombros la responsabilidad de organizar aquella fiesta para celebrar la vida, no sabía la mezcla de dolor, tristeza y rabia que iba a servir a sus invitadas. Ana simplemente preguntó a Valeria por las personas que más había amado a lo largo de su vida. Tomó nota mentalmente y aquellas a las que no conocía, las buscó en la maraña de redes sociales que pueblan nuestro mundo.

Las contactó una a una, a las personas que eran presente y a las que se habían convertido en pasado. Y las reunió allí, aquel fin de semana. En su casa de campo. En el hogar de Valeria, para que ella se sintiera absolutamente cómoda, libre y amada.

**Carmen Ibarlucea Paredes**

## UN FIN DE SEMANA CUALQUIERA

Durante toda la semana un grupo de amigos han decidido hacer una escapada a una casa rural. Entre las opciones de ir a una vivienda aislada en el campo y otra en un pueblo, se decantan por la primera, es mejor estar rodeados de plena naturaleza. Y aunque el fin de semana, a priori, comienza de lo más tranquilo, Paco y Luis se han lanzado pullas desde la salida de la ciudad.

—Igual ya hay gente en la casa ocupándola— dice Paco. Luis le mira fijamente sin parpadear y en un tono rotundo responde— ¡Sí! Comiéndose las manzanas del árbol que plantó su dueño.

Hace unos años atrás tuvieron algunas disputas a causa de un terreno que compraron a medias, al principio estaban muy contentos, pero las desavenencias entre ambos les llevó a estar en desacuerdo con cada cosa que uno u otro hacía.

La mañana transcurre de lo más tranquila, pero al comienzo de las primeras cervezas se avecina tormenta con lluvia copiosa, los roces entre ambos amigos suben de tono y comienzan a tirarse toda clase de argumentos opuestos respecto al terreno.

—Si no hubieras metido esos ocupas allí, aun tendría mi terreno—. Suelta por su boca Paco con una mueca burlona.

Luis frunce el entrecejo y le replica con un tono desafiante —¿Ocupas?, para que te enteres eran mi familia, y en el terreno yo tenía el mismo derecho que tú.

Ante la mirada atónita de todos los asistentes prosiguen con su erre que erre, cada uno soltando al otro lo que hizo mal, que si tú te llevabas todos los huevos de las gallinas, que si el árbol no echaba manzanas porque una mano larga las cogía, que si las crías de patitos no eran para el estanque del amigo de uno, y así se tiran al menos 5 minutos.

Marta, de brazos cruzados, observa toda la escena, en un instante se perpetua el silencio y la joven se pronuncia.

—¿Habéis acabado ya? — Ambos se quedan en silencio sin pronunciar palabra. A lo que la joven continúa—para que os enteréis, hemos venido a pasar unos días en plena naturaleza a descansar y no a pasarnos todo el tiempo escuchando vuestras quejas, por un terreno que ya ni siquiera tenéis en propiedad, si no os soportáis no hagáis nada juntos, es más, podéis coger vuestras cosas y largaos de vuelta, porque los demás no estamos dispuestos a soportar esta situación tan embarazosa por la que nos hacéis pasar, ¿Esta claro?

—¡Amén! — Suelta Lola que no perdió detalle del discurso.

Ni uno ni otro pronuncia palabra ya que Marta tiene toda la razón. El fin de semana transcurre de lo más tranquilo, donde se hace la paz y todos disfrutan.

**Asun Aroca**

## FINCA DEL ÁRBOL QUEMADO

Se prometían días dichosos. El río estaba cerca y la alacena repleta de comida. El personal iba llegando y ocupando cada uno su hueco. Las cinco parejas llevaban años compartiendo las salidas nocturnas. Ese día era fiesta nacional y estaban los bares cerrados. Julián y Amelia estaban libres. Llegaron al campo los últimos en un carro tirado por un mulo, que le había prestado su vecino. A media mañana todo el personal entraba y salía de la casa de campo.

El vestíbulo era amplio, y al fondo se encontraban unas habitaciones donde fueron depositando los bártulos que cada uno llevaba.

En el lateral del zaguán había una chimenea con el hogar encendido. Todos reunidos acordaron las tareas. Fátima fue la primera en llevar las riendas, y mirando al resto de las amigas, se dirigió a Amelia.

—Mira, Amelia, hemos pensado que tú te encargas de hacer las comidas, y hoy, los chicos van a matar un cordero y haces un frite. Ellos te ayudarán. Mientras, nosotras nos vamos al río— llamó al resto de las chicas y se marcharon.

Amelia se desplomó en un asiento de piedra que se hallaba cerca de la puerta. Se sentía tan decepcionada que apenas le quedaban fuerzas para llorar. Julián, al contemplar a su esposa, se sentó junto a ella. Ambos callados, admiraban la belleza de los campos. Tardaron en encajar lo sucedido. Julián limpió unas lágrimas que recorrían la mejilla de su esposa. Se quedaron en silencio.

—¿No estarás pensando lo mismo que yo? — preguntó Julián pasado un rato

— Sí, es lo mejor— dijo Amelia.

—Pues venga, ve sacando los bártulos que hemos traído y mientras, voy a por el carro. No te vayas a olvidar la cazuela de las chuletas y el puchero de la chacina, y todo lo demás.

Entraron los avíos en el carro y emprendieron el camino río abajo.

— ¿Dónde vais? —interpela Fermín.

—Vamos a dar una vuelta— contesta Julián. Al llegar la hora de la comida las chicas entraron e interrogan.

— ¿Dónde está Amelia? Los chicos se encogieron de hombros.

— ¿Dónde va a estar con la propuesta que le habéis hecho?— dijo Fermín.

—Ayer planeamos entre todos, el asunto — dijo Fátima.

— Pues ahora, que cada uno ponga la comida que haya traído— comentó Antonio.

**Joaquina Campón**



## EL FIN DE SEMANA

Un fin de semana juntos después de mucho tiempo sin vernos era estimulante, así es que cuando aparcamos los coches sentimos que iba a ser especial. La electricidad corría por los cuerpos en forma de gestos nerviosos, zancadas apresuradas y bromas simples.

Allí estaba la casita. A su alrededor disponía de unas chozas anexas para quien quisiera más intimidad. Ni más ni menos que una extensión lúdica que la dueña de la casa, con mucha inteligencia, había sabido explotar satisfaciendo las necesidades de ambiente rural que aquellos grupos de gente estresada buscaba los fines de semana huyendo de la ciudad y de los ruidos.

Enseguida supe que una de las chozas sería para mí.

Tengo que aceptar que sufro un leve rechazo social, una necesidad imperiosa de aislarme de los demás y de compartir solo el tiempo necesario. No es que no sea feliz compartiendo momentos, sí, lo soy, pero el silencio se ha convertido para mí, con los años, en uno de los bienes más preciados.

Otros dos amigos ocuparon las otras dos chozas contiguas. Todos parecíamos felices. Tan solo habían pasado unos minutos cuando sentimos que la discusión empezaba. No dábamos crédito a lo que oíamos. Y es que todos sabíamos que Antonia y Sara estaban enfadadas, pero también habíamos pensado que aquel fin de semana sería una oportunidad estupenda para resolver sus desavenencias.

Al poco rato de escuchar aquel intercambio de palabras airadas, todos acudíamos al salón de la casa principal para saber qué ocurría. Era muy sencillo: Sara quería la habitación del piso de arriba, que tenía un techo abuhardillado y vistas a las montañas, y Antonia protestaba diciendo que había anunciado que era su habitación preferida. Me ofrecí a cambiarle mi choza, solamente por evitar el conflicto, y lo mismo que yo hicieron los demás, pero ellas se negaron a cambiar de idea. Ambas querían la cama de la buhardilla. Permanecemos en silencio buscando soluciones. Alguien empezó a bromear para intentar destensar el ambiente, pero en cuestión de segundos, Antonia rompió a llorar. Todos nos apresuramos a consolarla, sin saber muy bien qué hacer. Fue en ese momento cuando Sara salió disparada hacia la calle protestando por el comportamiento de nuestra otra amiga, y algunos de nosotros corrimos detrás de ella. No parecíamos un grupo de treintañeros, parecíamos colegiales.

El perro de Antonia ladraba sin parar, excitado por la discusión y fue entonces cuando Sara, en su arrebatado de llanto, le lanzó uno de los panecillos que alguien había colocado, junto a unas cervezas, en la mesa del porche de entrada para celebrar la llegada. A través de la ventana vimos los ojos desorbitados de Antonia gritando que le había dicho mil veces que su perro no podía comer nada sin su permiso. A su alrededor, todos nos movíamos como peones ciegos, intentando consolar a la una y a la otra sin saber muy bien qué decir... El perro de Antonia mordió finalmente a Sara al verla discutir con su dueña, sin entender la situación, y Nacho tuvo que llevarla al hospital de la ciudad más cercana.

Todo eso ocurrió en las primeras horas tras nuestra llegada a aquel idílico paraje. Afortunadamente, hoy estamos ya de vuelta. Tengo una tortícolis brutal tras varias noches en vela hablando con Sara y con Antonia, escuchando sus quejas y tratando de aliviar su malestar; sufro también un sarpullido en los muslos producido por el colchón de la choza. De los días siguientes mejor no cuento nada más. Solo ver los tejados cubiertos por el grisáceo y contaminado cielo de mi ciudad empiezo a relajarme.

Bien sabía yo que mi soledad está justificada.

**Pilar Alcántara**

## EL SECRETO

Camino de la ermita, con las mochilas cargadas y resoplando de fatiga al sol de mediodía, buscaban desesperadamente un círculo de sombra para no desfallecer.

La subida había sido fatigosa y Cloe no podía más. Estaba en baja forma.

Al fin, un roble generoso apareció a la vera y todos se dejaron caer sobre la hirsuta hierba. Cloe buscó inmediatamente la botella de agua, y le llamó la atención no reconocer el interior de la mochila. Sudaba y le dolía la cabeza pero así y todo se fijó en un detalle bastante chocante: era una foto de Ratja, su amiga marroquí, que también estaba en el grupo. Aparecía sin el hiyab y se veía su preciosa y larga melena negra.

Hacía tres años que estudiaban en la misma facultad y nunca le había visto el cabello. Pero lo que más le llamó la atención es que estaba en una iglesia católica con Sebastián, su hermano mayor, en lo que parecía que era una ceremonia en toda regla.

Los observó como si fuera la primera vez que los veía. De pronto, todos se examinaban con curiosidad. Ratja abrió mucho los ojos y miraba la mochila. Debajo del hiyab corrían gotas de sudor y su semblante, confuso y alterado, desmentía el regocijo del momento. La fatiga y el calor habían pasado a segundo plano y el aire se cargó de interrogantes. Existía una incómoda tensión que exigía respuestas. De pronto Ratja se levantó, y liberando su cabeza del velo musulmán se enfrentó a todos con aire digno:

—Es verdad, os estoy engañando. Ya no soy musulmana, finjo por mis padres. Pero no me miréis así. ¡No soy una terrorista infiltrada!

Compungida les contó que Sebastián y ella se habían enamorado y se habían casado hacía tres meses. No les había dicho nada por miedo a que sus padres se enterasen y no lo entendieran.

Los ojos de Cloe no expresaban ni rabia ni reproche. Era su mejor amiga y pensó que no existía amistad sin confianza. Y eso se traducía en su rostro, entre la sorpresa y el desconcierto. Ratja no sabía explicarse, simplemente había sucedido. Sebas se disculpó también, pero entre los chicos las cosas parecen que tienen más fácil solución. A los dos minutos le estaban levantando por los aires entre risas y felicitaciones. Ratja se acercó a Cloe y la abrazó diciendo:

—Eres mi mejor amiga, no me odies. Sentí miedo y vergüenza, no supe cómo manejar la situación. Perdóname.

—Creí que tu religión lo era todo para ti— le reprochó Cloe con lágrimas en los ojos, no de decepción, sino de sorpresa.

Al instante, las dos amigas se abrazaron imponiendo su alegría ante todo lo demás. Se rieron y lloraron juntas, a fin de cuentas, solo hay un Dios que busca la felicidad para todo el mundo. A partir de entonces, se convirtieron en verdaderas hermanas.

**Mercedes Pérez Domínguez**

## **¡SALUD!**

Lourdes se empeñó en que nos uniéramos a nuestro grupo de amigos para pasar un fin de semana en la tranquilidad bucólica de una casita de campo. Yo no quería participar en esa experiencia, y menos cuando me enteré que iban ellos. Después del encontronazo que tuvimos la semana pasada no me había quedado cuerpo para soportar a imbéciles que se creen por encima del bien y del mal. Pero Lourdes insistió tanto que, finalmente, cedí a sus ruegos.

Serían las 13:30 h. cuando mi pareja y yo atravesamos la puerta de aquella coqueta casita que ahora se nos ofrecía como un refugio seguro en medio de los días de encierro que acabábamos de pasar. Fuimos los últimos en llegar así que nos encontramos ya al personal agarrado a sus cervezas y colocados en torno a una humeante barbacoa que expedía olores preparando los jugos gástricos de todos cuantos estaban allí. Nuestra presencia creó unos segundos de silencio expectante, pues en el mismo momento en el que aparecimos, Antonio (uno de los imbéciles antes mencionados) estaba levantando su copa y brindando por la amistad que se profesaban los allí presentes. Todos los brazos quedaron suspendidos en el aire y en la garganta de Antonio se atragantó la última palabra de su discurso. Yo no quise sabotear aquel acto de comunión amical y siguiendo los pasos de Lourdes, cogí una cerveza y levanté mi brazo hasta alcanzar el compás del brindis. Terminado el acto insistí en un nuevo brindis del que yo me hice el portavoz: ¡Por la amistad que todo lo tapa y todo lo esconde! ¡Salud! –dije. Y nadie se atrevió a contradecirme.

**María J. Llanos**

## ODIO

*“No, no vamos a salir más fuertes de una pandemia a la que llegamos tan débiles. Es como pretender salir seco de un tsunami que te pilla en la ducha.”*

*( Manuel Jabois)*

La fiesta sería, como siempre, en aquella casita de campo, en medio de la nada, pero cerca de la ciudad. La heredó Bea tras muchos trabajos de su padre, que le dio forma a lo largo de los años. Los anchos muros, que la hacían fresca en el estío y acogedora con los fríos, se levantaron sobre una primitiva tinada que albergaba ganado y aperos de labranza. Del ganado no quedaban restos y sí un olivar circundante con árboles frutales, junto con un viñedo que era el orgullo de su padre, como lo fue también del abuelo.

—Que no hace falta que hagáis nada, bonita —ordenaba Bea por teléfono— ya me encargo yo de todo, tengo la lista y a escote. La duda está en ese par de pipiolos que creo que no asisten, Octavio y Antonio vuelven a sus andadas.

— No será para tanto. Aunque sus encontronazos vienen de lejos.

— Sí hija, sí. No entiendo cómo en este puñetero país gusta tanto el mamporro como divertimento. El «Duelo a garrotazos» que no cesa; nos persigue. Todo por la política y sus bandos; isabelinos, juanistas, borbónicos, austracistas, patriotas, afrancesados, liberales, absolutistas, progresistas, moderados, carlistas, cristinos... para culminar en la mayor tragedia que puede vivir una nación; republicanos, sublevados... Pero... ¿es que no aprendemos?

En el día señalado, todos se encontraban felices de poderse juntar al dar un respiro la pandemia y vislumbrarse las vacaciones de verano, pero se confirmó la ausencia. Varios del grupo lo intentaron, pero no pudo ser. Lo mismo que en la arquitectura, un vacío ocupa un espacio allí, la no presencia de ambos, pesaba como el plomo, pero la lumbre esparcía ya una humareda prometedora y junto a los primeros vinos pasaron a otras cosas.

— ¡Vaya bomba de colesterol sobre la parrilla, Bea! ¿No te has pasado?, a mí lo que más me gusta de todo ese maná es el beicon.

—Mira, majo, de beicon nada, eso aquí se llama «marranita entreverá», «ja, ja, ja, estos forasteros...» pensaba.

El humo viciado y negruzco del fuego llegaba al viñedo domado como dulce neblina y se repartía por sus cepas centenarias. El mejor pitarra de la zona era alabado por todos, pero nadie sabía que aquellas parras escaparon de la filoxera, otra plaga que asoló prácticamente la totalidad de las plantaciones de la vieja Europa. Era un enclave de supervivientes por amenazas naturales, y por si fueran pocas las que nos amedrentan, aquellos dos ausentes buscaban nuevas incertidumbres que añadir, basados en sus altos ideales, pero con el gran peligro de que mucho más alto volaban sus ambiciones.

**José Antonio García Feria**

## EL CHULETÓN

Habían discutido con frecuencia en los últimos meses. Desde que Augusto desvelara ante él su homosexualidad y el amor oculto que le profesara, Ignacio le había rechazado. Desde ese momento, sus encuentros habían sido escasos y en las pocas ocasiones en las que coincidían, siempre con el grupo de amigos como parapeto, Ignacio los utilizaba con habilidad para eludir lo máximo posible el contacto con él, al que despreciaba por causa de sus diferentes tendencias sexuales.

Años después decidió celebrar con ellos su cumpleaños organizando entre él y su esposa Marta una barbacoa en su casa de campo para facilitar el reencuentro y recordar un pasado de auténtica camaradería. Llegado el momento, todos se presentaron, incluso Augusto, convencido por el resto. Ignacio se mostró indiferente e impasible ante su presencia, saludó a todos menos a él, como si no estuviera allí. Ante el aparente desprecio, Augusto se apartó y se sentó en la mesa más alejada, excluyéndose del grupo ante la desazón del resto. Mientras tanto, Ignacio comenzó a asar los chuletones para repartirlos entre los invitados. Cogió un plato, depositó en él la primera pieza cocinada, se dirigió hacia Augusto, se la ofreció y le tendió la mano. Este lo aceptó, lo depositó en la mesa, se levantó y estrechó la mano tendida de su antiguo compañero, fundiéndose después ambos en un abrazo.

Tanto Marta como el resto se unieron a ellos felicitándose por el buen desenlace de un drama que se había prolongado durante tanto tiempo. Augusto era consciente de que ese acto jamás significaría una esperanza para su amor imposible; pero se conformaba con el renacimiento de una amistad que había estado agonizando a lo largo de ese tiempo.

Al fin Ignacio comprendió que los lazos que les unían estaban muy por encima de unas tendencias que en realidad carecían de la importancia que él, de manera equivocada, les había concedido. Augusto había sido su amigo y ya, superados los absurdos prejuicios que les habían atenazado, lo sería para el resto de su vida, algo que todos acabaron celebrando y que fue más allá del motivo inicial que los había reunido.

**Vicente Rodríguez Lázaro**

## AMOR DESVIADO

No habíamos vuelto a saber nada de Luis desde el fin de semana en la casa rural, hace ya tantos años. Quisimos celebrar nuestra despedida de solteros los dos juntos, con toda la pandilla. La fiesta fue perfecta, cantamos, bebimos y nos reímos hasta el amanecer. Al día siguiente habíamos planeado hacer una ruta, pero nadie tenía cuerpo para andar. Solo tú te empeñaste en ir y Luis se fue contigo. Ibais muy contentos y todos os aplaudíamos como si fuerais héroes.

No mucho después llegaste, solo. Los chicos estaban terminando la barbacoa y nosotras esperábamos en las mesas con las cervezas, las bromas iban y venían, lo estábamos pasando muy bien. Te metiste en la casa sin hacernos caso. Entré detrás de ti, pero me dijiste que te ibas a dar una ducha y que salías enseguida. Algún tiempo después llegó Luis, explicó que se había entretenido cogiendo unas flores para la novia, pero era evidente que algo os había pasado. Tú no hablabas y Luis tampoco. Menos mal que Pocholo rompió el hielo con sus gracietas, y salvamos la comida. Pero a lo largo de la tarde las risas se fueron apagando y por la noche la tensión se podía cortar con un cuchillo, hasta que Luis no pudo soportarlo más y se fue. Para siempre.

Al volver estabas muy raro, no me tocabas y te costaba hasta mirarme. Supuse que eran los nervios de la boda y no quise indagar más. Incluso hoy te hubiera amordazado para no escuchar estas palabras que salieron de tu boca como una cascada imparable.

*“Luis y yo salimos al campo riendo y saltando como dos adolescentes. En un momento él tropezó y cayó al suelo. Al darle la mano para que se levantara, tiró de mí y los dos quedamos abrazados. Las risas se nos congelaron en la boca, en esa boca que me atraía como ninguna otra me había atraído antes. Luis también me miraba con los ojos encendidos de pasión y nos besamos como locos, rodando por el prado mullido. Si hubiera podido lo hubiera evitado, créeme, pero fue más fuerte que yo, un torbellino que no pude detener.*

*Cuando todo acabó me dio asco Luis, me di asco yo y me odié por haber caído en aquella tentación maravillosa. Luis me llamaba a voces, pero yo salí corriendo, incapaz de creer lo que había pasado, incapaz de borrar lo que había sentido. Por eso llegué y me fui a la ducha, para arrancar de mi cuerpo esa vergüenza y apagar esa pasión que se me había quedado pegada a la piel. Luis trató de hablar conmigo, pero yo no quise volver a verle. Pasé tanto miedo, Laura. Miedo a que toda mi vida se desmoronara, miedo a hacerte daño, miedo a enfrentarme con lo que había sentido. No he dejado de pensar en Luis ni un solo día, aquel fuego se me quedó dentro y nunca se ha apagado”*

Dices que has hablado con Luis y que habéis quedado. Insistes en que no quieres hacerme daño, pero ya no tienes fuerzas para seguir con esta farsa.

¿Y yo? ¿qué hago yo ahora con esta verdad?, ¿qué hago con la mentira que ha sido nuestra vida?, ¿qué hago con todo el amor que te tengo?

No respondes. Me abrazas con esa ternura a la que me he aferrado para no abrir los ojos. Ya no puedo fingir, tengo que enfrentarme a esta pesadilla en la que tú has vivido. Pero ahora, en medio de este dolor, entiendo cómo me has querido siempre.

**Belén Gómez**

Solo Laura sabía que apuntarse con Tomás a la excursión del finde traería consecuencias. Su afición a la bebida y, lo que es peor, la metamorfosis que experimentaba cuando se pasaba de copas era de temer, por lo imprevisible. Había estado sopesando la opción de poner una excusa y así evitar la catástrofe, pero estaba harta de tragarse en silencio la vida de mierda que tenía con Tomás desde que su propensión a levantar el codo se volvió incontrolable. Y, pensando que algo tenía que cambiar para salir del penoso pozo oscuro de su existencia, decidió compartir con los amigos su cruda realidad.

Fue una sorpresa la inusual puntualidad de todos, que llegaron prácticamente a la misma hora. Instalarse y soltar los bultos y, al rato, ya compartían en el salón de la casa rural, la euforia del desenfreno que se avecinaba en un fin de semana cargado de expectativas. Como por arte de magia, en apenas segundos, cada uno tenía su cerveza en la mano. Abrazos, risas y porros fluían como se inyecta el combustible en la maquinaria de la felicidad.

Todo iba bien, flotando ya en una dispersión etérea de sensaciones placenteras que todos compartían como un deseo largamente anhelado.

Y de repente, un golpe brusco de cristales rotos paralizó las risas y les asustó. En silencio, intentando comprender, observaron la escena: Tomás había lanzado violentamente su vaso de güisqui a la cara de Jorge, antigua pareja de Laura. Pudo esquivarlo por muy poco y, con un rictus de perplejidad y fuera de sí le dijo: «*Pero ¿qué haces, estás loco?*».

Tomás, ausente del mundo, le taladró con sus ojos: «*No me gusta cómo me has mirado*».

Instintivamente, todos dirigieron su atención, para analizarlo, al rostro de Laura: respiró hondo y nadie entendió, por extraña, la clara expresión de alivio y satisfacción que apenas podía ocultar su velada sonrisa.

**Manuel Vaquera Vizuite**

## NE ME QUITTE PAS

¡Uy! Ese día faltó muy poco. Mi madre dice que *«dos no se pelean si uno de ellos no quiere»*, yo no estoy de acuerdo con eso, aunque tengo que confesar que ese día pudo "correr la sangre" en el salón que, previamente habíamos habilitado como discoteca.

Paco y Paqui ya eran muy amigos antes de eso, incluso creo que la cosa había llegado a más, así que ese día parecía que los astros se habían conjurado para oficializar la relación de la atractiva pareja ante los demás, entre los cuales me incluyo yo, eterno penitente y enamorado de uno de los dos. No digo el nombre porque seguro que este escrito llegará lejos, y alguno de mis amigos o amigas, se sentiría molesto o sorprendido por mi predilección.

Todo empezó con la luz de una bombilla que habíamos cubierto con una tela roja, amarilla y violeta, los colores de la bandera republicana y una canción de Brel, en español "No me dejes", pues bien, los dos y todos los demás, estábamos bailando muy acaramelados, algunos parecían fundirse en el otro u otra, las manos apretaban las carnes y las mejillas se juntaban afanosas en busca de algo más. Digo todos por decir algo, porque yo me había adjudicado el papel de pinchadiscos, así que con un cubata de Dyc con Coca Cola en una mano y los ojos pendientes de los levísimos movimientos acompañados de Paco y Paqui, suspiraba con meterme entre los dos y sentir mi cuerpo atrapado, embriagado por el alcohol, la música y el sexo. Entonces todo despertó, Paco y Paqui se separaron, ella le dio una bofetada justo cuando Brel pronunciaba el "pas" de "ne me quitte pas", luego Paco reaccionó con otra que hizo volver la cara a Paqui que, inmediatamente se lanzó con las uñas a su oponente. Todos se interpusieron, todos menos yo. Ahí se acabó la fiesta, porque en el jaleo, el tocadiscos se cayó y no hubo forma de que funcionara más. Ese verano fue maravilloso, yo estuve liado con uno de los dos, aunque después lo dejamos. No sé a quién se le habrá ocurrido juntarnos todos otra vez después de tantos años. Esperemos que las heridas de Paco y Paqui hayan sanado. Yo, actualmente, mantengo una relación estable con una persona equilibrada, aunque no me importaría un paréntesis con uno de los dos. De vez en cuando sueño con aquel verano que empezó con el "pas" de una bofetada.

**Ángel Rodríguez García**



## SIN GAS

He dudado si venir. Empecé poniendo la excusa del frío después de escuchar al del tiempo que el fin de semana la nevada que se avecinaba en la sierra iba a ser importante, pero, en realidad, solo yo sabía que no me apetecía compartir cabaña con Pedro. Después de lo del otro día, prefería que se enfriara el asunto. No, a decir verdad, prefería no verlo en lustros.

Fue Marta la que insistió, y Marta era también la mejor razón para ir. Me convenció después de unas risas al teléfono y de unos argumentos que no podía dejar pasar: ella se encargaría de la bolsa de agua caliente y de mantener encendida la hoguera. Marta y sus dobles sentidos.

Marcos ha propuesto unas cartas y Enrique ha sacado del frigorífico unas cervezas. Lo cierto es que el fuego ha caldeado la cabaña y se está de miedo. Las llamas son hipnotizadoras.

Pedro ha quitado la chapa a una botella con los dientes, se le da de maravilla al cabrón. Son muchas las cosas que se le dan bien. Hijoputa. Ha limpiado el cuello con el pico de la camiseta y me la ha ofrecido.

—Una Mahou, como a ti gusta, fresquita.

Se le dan bien demasiadas cosas. Me ha atusado el pelo y se ha abierto otra. Así, como si nada.

**Soledad García Garrido**

## AMIGOS PARA SIEMPRE

Nada nuevo bajo el sol en este fin de semana de finales de la primavera. Aquí estamos los de siempre, en una casa de campo que Sonia alquiló, tal vez para intentar que las aguas volvieran a su cauce después de la última pelea: la cosa comenzó con el fútbol y terminó calentándose con la política. Los mejores ingredientes para enzarzarse, desde luego.

Costó que ambos aceptaran la invitación, solo Sonia fue capaz de persuadirlos. No se imagina que el motivo de sus diferencias es ella. La rondan como perrillos en celo desde que se separó de Marcos. La pobre, que es bastante lela, solo ve a dos amigos incondicionales que son capaces de cualquier cosa por verla feliz, y no a machos alfa peleando por premio gordo que palpita entre sus piernas. Parece mentira, con lo que ha pasado y que sea la última en darse cuenta de la situación. Ahora, no seré yo la que le abra los ojos. Bastante tengo con lo mío y con mi síndrome de patito feo.

Mañana han quedado los tíos para salir juntos a pescar. No creo que vayan a limar sus asperezas. Al pasar frente a la habitación de Pedro, le he visto cómo afilaba la navaja que siempre lleva consigo. Tenía la mirada perdida y su boca se torcía en un gesto parecido a una sonrisa cruel. Me temo que se prepara la tragedia.

No les permitiré que salgan con la suya, a ninguno. Hoy me toca preparar la cena. El gazpacho llevará matarratas suficiente para reventar a diez elefantes. Los odio a todos, pero espero que sufran poco, no penséis que soy tan despiadada.

**Víctor M. Jiménez Andrada**

## PLANES FRUSTRADOS

El día había salido radiante. Un sol espléndido calentaba lo justo, al moverse una brisa de aire perfumada y cálida. Las fragancias que el aire traía invitaban a cerrar los ojos dejándose llevar por estas sensaciones de calor, olor y tacto.

El grupo, la mayoría de ellos amigos desde la infancia, había planeado una excursión a la sierra y pasarían el fin de semana en una casita de campo de los padres de uno de ellos. Ahora que la primavera había comenzado, les gustaba estar todo el fin de semana al aire libre, moviéndose y haciendo ejercicio. Demasiados sedentarismos tenían ya durante los días de la semana, en sus respectivos trabajos. La relación entre todos era extraordinaria, pero últimamente se había visto alterada ya que Clara y Mario, anteriormente pareja, habían roto su relación y, desde entonces, para evitar situaciones violentas, hacían cada uno su vida independientemente del grupo de amigos al que siempre habían pertenecido. Mario había estrechado su relación con Beatriz, una compañera de trabajo, y se les veía muy felices. Clara seguía sin pareja y no tenía intención, al menos por un tiempo, de cambiar esta situación. Los amigos ignoraban tal hecho y con la intención de volverlos a reconciliar, les animaron a que se reunieran todos en la sierra.

Mario pensó que la ocasión era perfecta para presentarles a Beatriz a todos sus amigos y aceptó. Clara, desconocedora de que Mario asistiría también a la excursión y muy animada ante la perspectiva de volver a reunirse con su grupo de amigos, también aceptó.

Cuando llegó el día y todos salieron cargados con sus mochilas, al verse frente a frente, Clara y Mario se miraron y ambos mostraron su azoramiento y su incapacidad para actuar de forma natural. Trataron de evitarse durante toda la marcha y de alejarse mutuamente. Al llegar a la casita, siendo ya forzoso el acercamiento, Mario se aproximó a saludar a Clara y presentarle a Beatriz. Y toda la tensión soportada durante el día explotó en unos instantes. Clara perdió el control e increpó a Mario por su comportamiento machista, egoísta e infiel. Beatriz contempló a ambos y se dirigió a un rincón medio oculto de la habitación, donde trató de pasar desapercibida. Los amigos mediaron en la discusión, formándose dos coaliciones claramente diferenciadas: una a favor de Mario y otra a favor de Clara. Mario trató de estar relajado, pero, cuando los insultos de Clara superaron su paciencia y, sobre todo, al ver que algunos de sus amigos se ponían de su parte, se dirigió a ella y, delante de todos, la tildó de estrecha, reprimida, pacata y dominante. Y a una parte de sus amigos, de oportunistas.

La discusión fue in crescendo. El grupo se implicó profundamente en el problema, pero, tanto unos como otros, fueron incapaces de defender sus ideas. Cuando Beatriz observó que Mario acusaba los golpes de la discusión y mostraba un gran abatimiento, salió de su rincón y ya sólo pudo abalanzarse sobre él y abrazarlo. Lo hizo muy fuerte y el calor del cuerpo de Mario, espantó su imponente frío.

**Blanca Fajardo Utrilla**

## FUEGO

Aquello terminó como el Rosario de la Aurora. ¿Cómo era posible que salieran tan mal las cosas? Ahora pensaba que habría sido mejor no ir.

Hacía mucho tiempo que todo el grupo deseaba unirse, sin embargo, la dichosa pandemia había prohibido las reuniones de más de 10 personas, y ellos eran 15. A veces salían en grupos pequeños, otras veces hacían reuniones online, pero por fin! Ese sábado irían al campo y compartirían como siempre lo habían hecho.

Cierto es que Lola y Tina andaban un poco mosqueadas, por un quítame allá esas pajas, a raíz de un malentendido en el grupo de whatsapp, pero no merecía la pena... eran chiquilladas.

El día era magnífico, y la comida abundante. Y lo mejor, la compañía y las ganas de pasar un buen rato en la naturaleza.

Sin embargo, todo empezó a ir mal. Lola y Tina ni se saludaron y los maridos estuvieron también recelosos. Si alguien charlaba con una de ellas, ya tenía hecho el veto por parte de la otra.

¿Qué hacer? No habían querido tomar partido, para no liarlo más, aun así, la tirantez estaba empezando a afectar a todos.

Cuando comenzó el momento de asar la carne en la barbacoa se produjo el incidente en el que Lola y Tina casi llegaron a las manos. «Que no me has echado tanta carne como a ella», «Anda que no, y a ti te han echado los mejores trozos».

Los platos rodaron y las dos mujeres se empujaron. Alguien quiso separarlas y se llevó un manotazo. Se miraron a los ojos y se dieron cuenta de que quizá lo mejor habría sido hablarlo. Aclararlo todo. Pero una bola enorme había ido rodando en esos últimos meses para convertirse en algo inmenso y absurdo. Y ya no se veía una salida digna para nadie hacia ninguna parte.

Lola tiró el plato de carne al suelo, que se rompió en mil pedazos y salió corriendo hacia su coche. «Ahí os quedáis, hasta nunca». Su marido corrió tras ella y ambos salieron de estampida.

—Tina, por favor, tenéis que arreglar esto— dijo alguien, —nos afecta a todos.  
—No te preocupes, nosotros también nos vamos. Sabemos cuándo se está de más.

Al arrancar el coche, todos los que se habían quedado empezaron una alocada discusión... entretanto, la panceta se achicharró en el fuego, y nos quedamos sin comida.

**Concha Ibáñez Montero**